

El que no sepa jugar es necesariamente un jugador sin fortuna: la habilidad ha vencido al azar.

Los dados caen segun como se echan, los naipes salen segun como se sacan.

Madrid es una mesa de juego: el que no salga arrastrando su conciencia, no alcanzará los favores de la fortuna.

El que quiere buscar á la fortuna que no impone ninguna humillacion, no le queda más recurso que jugar á la lotería.

Tú, lector, que debes ser un hombre de bien, no te fies de esas últimas palabras.

La fortuna que puedes buscar por medio de la lotería no te exige que vendas ninguna de tus virtudes, pero llevas una probabilidad contra treinta mil de que llegue un dia en que te haga vender la camisa.

Piensa bien en esto: si la camisa no es una de las virtudes, hay una virtud que no se puede tener sin camisa.

Tú eres honesto y me habrás comprendido.

Si fueses tan desgraciado que no pudieses salir en busca de la fortuna ni siquiera por el camino de la lotería, voy á consolarte con una verdad desastrosa:

Pierde la vergüenza y tendrás fortuna.

---

## DOS DE NOVIEMBRE.

---

Tomo la pluma lleno de una extraña curiosidad: quisiera saber qué hay en el fondo de mi tintero.

Lo tengo delante y me asomo á él como pudiera hacerlo á la boca de un pozo. Todo lo que distingo es oscuro.

Apenas tiene mi tintero dos pulgadas de profundidad y me parece que estoy asomado á la boca de un abismo.

Es singular. ¡Qué cosas se ven donde no hay nada que ver!

¿De dónde sale esa multitud de figuras, de colores, de dibujos que se ven siempre que cerramos los ojos?

¿Cómo vemos todas esas cosas invisibles?

¿Qué especie de mundo es ese que solo se revela á nuestros ojos cuando los cerramos?

La oscuridad tiene su luz y sus colores, como el silencio tiene sus ruidos y sus armonías.

¡Qué cosas se oyen durante el silencio de una noche muda! ¡qué cosas se ven en la inmensidad de una noche oscura!

El hombre explica todos los fenómenos de la naturaleza; se da razón de las nubes, de las montañas, del cielo y de la tierra.

Ha sorprendido el camino de las estrellas, y sabe con prodigiosa exactitud á dónde van, de dónde vienen, cuándo se acercan y cuándo se alejan.

El mundo exterior se abre á sus ojos como un libro que se sabe de memoria; pero cierra los ojos y se tapa los oídos y todo le es desconocido.

Dentro de sí mismo no sabe lo que hay.

No puede explicar lo que ve cuando cierra los ojos, y le ha llamado oscuridad; no puede repetir lo que oye cuando se tapa los oídos, y le ha llamado silencio.

La razón humana resuelve muchas veces las cuestiones más árdidas con una palabra: con un nombre suele salir de sus más terribles apuros.

La nada, la oscuridad, el silencio, el tiempo, la eternidad y lo infinito, son otros tantos centinelas que les están gritando siempre: atrás.

La inteligencia es una luz que se apaga al lle-

gar á estos límites, como una antorcha que se sumerge en el agua.

Extraña prision: la nada nos cierra el paso, la oscuridad nos oprime, el silencio nos aturde, el tiempo nos empuja, la eternidad nos sostiene y lo infinito nos abrumba.

Todo esto encuentro yo en el fondo de mi tintero: la tinta cae sobre el papel como un velo de luto: las letras se combinan misteriosamente y me gritan con una voz que solo entra por los ojos:

«Hoy es el día consagrado á los difuntos.»

Hoy, como debiera decirse entre las gentes de buen tono, es el día que los muertos ~~en~~ reciben.

La Iglesia viste de negro, las campanas doblan y los cementerios se abren.

Hoy es el día de las ofrendas fúnebres.

Extraño contraste: hay una flor que nunca muere, y ella es la que se coloca en el último asilo del hombre.

Un ramo de *siemprevivas* adornando la losa de un sepulcro, parece que quiere decir: la muerte es inmortal.

Delante de una sepultura necesita el cadáver despojarse de todos los atavíos de la vida.

Así como al entrar en una casa fastuosa dejamos á la puerta el coche, la capa, el paraguas y los chanclos, de la misma manera dejamos á la

puerta del sepulcro el nombre, los títulos y los honores con que hemos hecho el viaje de la vida.

Es todo lo que puede hacer la vanidad humana.

Las puertas de la eternidad son demasiado estrechas para que pueda pasar el orgullo de los hombres, y la vida al escaparse cuelga delante del sepulcro los harapos de nuestra soberbia.

Apenas hay un nicho que no publique en letras de oro esculpidas en un pedazo de mármol: Aquí yace el Excmo. Sr. D. N., Marqués, Conde ó Duque, condecorado con varias cruces, orador elocuente, general invencible, ó ilustre publicista. La muerte no quiere más que lo suyo, lo que es del mundo se lo deja al mundo.

En los cementerios de Madrid, rara es la losa que no representa un catálogo de títulos, honores y distinciones: parece que solo mueren los grandes hombres, las grandes dignidades y las grandes virtudes.

Los cementerios son aquí una especie de libros en los que cada hombre tiene una página donde estampar el oropel de sus vanidades.

También en los cementerios hay para la podredumbre mantos de púrpura, honores y grandeza.

La muerte, que hace iguales á todos los hombres, no ha podido echar su nivel sobre las sepulturas.

La ciudad de los muertos no se diferencia mucho de la ciudad de los vivos.

Dentro del recinto de un cementerio los despojos mortales se disputan como los hombres de la ciudad el terreno, los mármoles y el oro.

Nadie se atreverá á decir que un muerto vive, y sin embargo paga un muerto el alquiler de su sepulcro como un vivo el de su casa.

Cada vecino, lo mismo en la ciudad que en el cementerio, vive con arreglo á su fortuna.

Es inútil morirse para huir de ese enemigo del hogar doméstico, que se llama casero, porque un cadáver es también un inquilino y morirse no es más que cambiar de casa.

Registrando bien, lo mismo se encuentran corazones podridos en los cementerios que en las ciudades.

No hay necesidad de ir á recorrer las solitarias calles de los cementerios para encontrar sepulcros.

Todo hombre es la sepultura de un niño, todo anciano la sepultura de un joven.

En la frente de cada uno de ellos pueden leerse estos epitafios: Aquí descansa la inocencia. Aquí yace la juventud.

Mirad esas mujeres que han sido hermosas, que

todavía se presentan coronadas de flores como las sepulturas en el día de los difuntos: ellas no son más que sepulcros blanqueados; en ellas está enterrada la hermosura.

Un pretendiente es el cadáver de un empleado. Las antecámaras de las secretarías son cementerios donde los cesantes esperan la resurrección de la carne.

Un cambio de ministerio es casi siempre un día de difuntos.

Ese ancho cauce que pasa por Madrid escondiéndose de la población, ¿qué es más que la sepultura donde están enterradas las aguas del Manzanares?

Por cualquier parte que se mire se ve escrito sobre la arena: Aquí yace el río.

¿Qué mesa de café no habrá servido de losa funeraria á la honra de alguna mujer?

Los recuerdos, esas misteriosas palpitaciones de la memoria, no son más que epitafios que vienen á decirnos: aquí tienes enterrada una alegría, aquí yacen los despojos de una esperanza, aquí hay sepultado un desengaño, aquí esperan la resurrección los restos de una venganza, aquí descansa un deseo malogrado, aquí duerme para siempre el cadáver de una ocasión perdida.

El cuerpo, este edificio en que nos vemos pri-

sioneros, no es otra cosa que un miserable nicho en el cual está el alma sepultada.

¿Qué es el diccionario de la lengua más que un cementerio de palabras, cuerpos sin alma que están allí colocados en orden con sus respectivos epitafios, esperando resucitar al soplo animador de un pensamiento?

El que sabe griego, ¿qué es más que el sepulcro de una lengua muerta?

Toda la tierra es un vasto cementerio.

Al cabo de seis mil años sería imposible poner el pie sobre un lugar que no hubiera sido ya una sepultura.

Los cementerios que hoy nos llaman no son otra cosa que colecciones modernas de los últimos muertos.

El último asilo del hombre no vive más que el hombre mismo.

El tiempo: ese es el gran sepulcro que todo se lo traga.

Su epitafio es invariable, porque el cadáver que encierra es siempre el mismo: la humanidad.

En vano esas lápidas labradas y esos epitafios pomposos quieren perpetuar la memoria de una vida que ha concluido. En vano es escribir un nombre que ha de borrarse con la misma facili-

dad que borra la muerte la mirada en los ojos de un moribundo.

El linaje humano viene á oleadas, y al estrellarse contra los mármoles de los sepulcros, deja sobre las losas por todo recuerdo un poco de espuma que hierve un instante y se disipa.

Dios le dijo al Océano, de aquí no pasarás, y en vano se empina tumultuoso sobre las playas, y en vano azota los peñascos que le cierran el paso.

De la misma manera Dios le ha dicho á la soberbia humana, de aquí no pasarás, y en vano confía á la piedra la memoria de su nombre.

El olvido, el negro olvido, ese velo profundo que viene detrás de todas las glorias y de todas las grandezas humanas, cae también sobre las sepulturas.

Solo hay una voz que lo rasga, y es el sonido triste de las campanas que doblan en el día de difuntos.

Es la voz de todas las generaciones juntas que vienen á pedirnos un santo recuerdo y una benéfica oración.

Este es el día en que la religión nos acerca á las puertas de la eternidad para que llevemos nuestras ofrendas.

Los cementerios están cerca de las ciudades, y sin embargo no hay un vivo que no se crea muy lejos del cementerio.

Hoy hemos ido. ¡Cuándo nos llevarán!

---

## UN ARTÍCULO.

---

¡Qué cosa tan caprichosa es el papel!

Delante de mis ojos tengo un pliego blanco como la nieve y terso como un espejo, empeñado en retratar lo que siento, lo que pienso y lo que veo.

Paseo mis miradas por su superficie, tendida á mis pensamientos como un lazo, y siento que todos los secretos de mi alma quieren salirse á un tiempo.

Nada hay más curioso que una cuartilla de papel blanco.

Es imposible tenerla delante sin estampar en ella algo de lo que pasa en nuestro interior.

¡Con qué malicia se coloca junto al tintero y próxima á la pluma! ¡Con qué tenacidad provoca nuestras confidencias!

Es singular; al papel, que todo lo dice, es á quien todo, todo se le confía.

El enemigo eterno de todo secreto, es el amigo íntimo del hombre.

Lo que acaso no depositaríamos en el corazón de una madre ni en la discreción de un amigo, lo depositamos muy tranquilamente en un pedazo de papel.

El banquero le confía sus capitales.

El poeta su alma.

El filósofo todos sus pensamientos.

Las mujeres su corazón.

Guttemberg, descubriendo la imprenta, no hubiera hecho gran cosa, si otro no se hubiera tomado el trabajo de descubrir el papel.

Desde el principio de las sociedades humanas se ve en el hombre el instinto de hacer papel.

Hoy el instinto se ha convertido en pasión.

Es preciso inclinarse en presencia de una observación que arroja la historia de todos los países: los grandes hombres son los que han hecho siempre más grandes papeles.

Parece que el mundo desde sus primeros pasos concibió la idea de ser una comedia permanente. Desde entonces cada hombre hace su papel, el papel que le toca.

Pero el punto de vista que atrae mis miradas en este momento es el papel blanco. Ese juez inexorable que se nos pone delante, queriendo pe-

netrar hasta el último rincón de nuestro pensamiento.

Así como la palabra se ha hecho para disfrazar los pensamientos, el papel sirve para descubrir á los hombres.

Un día se encontró Dante en presencia de unos cuantos pliegos de papel blanco. Miróse en aquel espejo y se vió como era: aquella superficie blanca fué atrayendo poco á poco los vigorosos rasgos de su inteligencia. El papel, semejante al caos en los momentos de la creación, iba llenándose sucesivamente de rayos de luz, de vapores brillantes, de formas y de colores.

Poco despues llenaba el mundo la *Divina comedia*.

¿Cuántas cabezas vacías no han descubierto los papeles públicos?

¡Extraña superficie! Todo lo refleja, hasta el vacío.

¡Cuántos poetas se han ignorado á sí mismos hasta que se han visto incitados por la presencia de un pedazo de papel blanco!

¡Cuántos sueños de talento y de sabiduría no ha desvanecido una cuartilla de papel!

¡Cuántas mujeres no firman su perdición al pié de una carta!

El papel desaparece debajo de la pluma como

un camino que se anda: lo estoy observando en este momento.

Es además un espejo inflexible que jamás nos adula.

Yo tiemblo cuando se me pone delante.

Sus amistades íntimas son la pluma y el tintero.

Casi siempre se hallan juntos.

Aquí están los tres pidiéndome á voces los secretos de mi alma.

Yo he revuelto todos los cajones de mi memoria y no tengo nada que contarles.

Sé positivamente que existe un artículo, pero no doy con él. Yo lo tengo, pero ¿dónde?

¿Hay alguien que se atreva á decirme dónde está una idea que no se ha ocurrido aún?

Me parezco en este momento á una madre que anduviera buscando al hijo que tendrá al año que viene.

Suplico á mis lectores que borren la comparacion que acabo de hacer, porque una madre no se puede comparar á nada.

Sin embargo, no hay necesidad de borrarla, porque la madre que yo he elegido para mi comparacion, no es madre todavía.

Todos comprenderán perfectamente que desearlo.

¡La madre! Hé aquí un rincon oscuro donde ha de haber escondido algo el corazon humano.

Acerquémonos un momento al arcano, pero no debemos pasar del umbral del misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una amiga, lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño: «Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias.» ¿Sabeis lo que quiere decir? que no tiene madre.

¿Quereis comprender la profunda soledad de un huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Veis dos niños jugar alegres á la puerta de una casa; los dos tropiezan á un tiempo y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido; una boca impaciente que besa sus mejillas.

Ese tiene madre.

El otro espera en vano: se levanta poco á poco, él mismo sacude con tristeza el polvo de su vestido y va á confiar á la pared más cercana sus ahogados sollozos.

Este no tiene madre.

El que no sienta humedecerse sus ojos ante ese

cuadro, es aún más infeliz que el niño desamparado, porque es señal de que no tiene lágrimas.

Yo no sé cómo las madres que tienen hijos pequeños se pueden morir; y si se mueren, no sé cómo no se los llevan en su compañía. ¡Ah, por qué los abandonan!

¡Las madres! Pensadlo bien; ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer á los hombres que se han criado sin madre, como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor.

El niño se vá alejando del cielo en la misma proporción que se vá alejando de su madre.

No le pidais á ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guzman el Bueno. Para ellas no hay más patria que sus hijos.

Las mujeres de Esparta serán eternamente el horror del universo.

Que un hijo sacrifique á su madre, dejándose matar por su patria, es un heroísmo que está dentro de la naturaleza; pero que una madre arrastre á su hijo á la muerte, es la barbaridad del heroísmo.

¿Quereis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de una familia.

El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso, ó al más atrevido, ó al más robusto, ó al más inteligente, ó al más inquieto. La madre al más débil, al más defectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.

Esa es la madre.

Semejante sentimiento no puede ser humano.

Hay un abismo que el hombre no medirá jamás, y es el amor de la madre.

Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros, y fija el rumbo de los cometas; pero el cielo donde todo eso brilla y se mueve es para él insondable; no sabe dónde empieza ni dónde concluye.

El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazón de la mujer se pierde.

Viene en este momento á mezclarse entre mis reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera:

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblicuas que se juntan en un punto forman un ángulo; sabe que el carbon cristalizado se hace diamante; sabe

que el sol tiene manchas y que hay otro planeta que posee un anillo; mide las distancias y sondea los abismos; sabe lo que pesa la tierra; anuncia las revoluciones de los astros y hace las de los pueblos; conoce todos los idiomas y explica todos los misterios.

No podemos negar nuestro asombro á este cúmulo de inteligencia.

Pues bien, entre ese sábio á quien nada se le oculta y la madre que todo lo ignora, colocad un niño que no haya aprendido aún más lenguaje que el de sus gritos, el de sus lágrimas y el de sus sonrisas.

Humillante situación para el sábio; ninguna ciencia le ha dicho cómo se puede comprender á un niño que no habla todavía.

Solo la madre sabe leer en ese corazón lleno de misterios que se ha formado en sus entrañas.

Solo la madre tiene esa ciencia infusa, que vé de una sola mirada lo más oculto del alma y que se llama ternura.

Si el hombre no estuviera tan orgulloso de su ciencia, doblaría la cabeza ante tan incomprensible sabiduría.

Pero ahora recuerdo que yo empecé buscando un artículo.

Todavía no ha parecido.

¡Singular apuro! ¿Quién me presta un artículo? He registrado hasta el último bolsillo de mi entendimiento y no parece.

Empiezo á sospechar que mis lectores se quedarán sin él.

Esto no sería justo y vuelvo á empezar.

¿Qué es una madre?

Una cosa que el niño ama y que el hombre olvida.

Un amor hecho á prueba de toda clase de dolores y de todo género de ingratitudes.

Un corazón que no se cansa nunca de sufrir.

Un alma que no deja ni un momento de querer.

Todavía debe ser algo más preciso, más científico por decirlo así.

La razón fría nos lo explicará.

No se puede nacer sin madre: esto es evidente.

Luego la madre es una cosa de todo punto necesaria.

¡Qué rayo de luz me ilumina en este momento!

Con la razón todo se encuentra.

La madre es un artículo de primera necesidad.

Perdónenme todas las mujeres que tienen hijos, pero yo no puedo menos de exclamar con el orgullo de mi razón satisfecha: ¡La madre! he aquí el artículo.

---

---

PENSAMIENTOS DE VERANO.

—

Diciembre es el mes más delicioso del año, solo que hay que mirarlo á cierta distancia.

Mírese á la luz de Julio, y se comprenderá la exactitud de esa observacion.

—

Hay una manera muy sencilla de refrescar la memoria.

Basta con pensar en Enero.

—

¡Qué absurda es algunas veces la verdad!

Oigan ustedes esto.

¿Por qué las mujeres más frescas han de ser las que más nos quemén la sangre?

O de otra manera más amplia.

No hay cosa que acalore tanto como una frescura.

—

Aconsejo á todos los hombres amigos de su comodidad, que durante el calor no frecuenten más amistades que aquellas que se hayan enfriado.

—  
Yo comprendo un verano delicioso.  
Por ejemplo: un verano en invierno.

—  
Lo negro recoge el calor y lo blanco lo rechaza.

Por medio de la razon se hace lo negro blanco y lo blanco negro.

Ahora bien: ¿quieren ustedes ponerse á cubierto del rigor de las estaciones?

Es una cosa muy fácil.

No hay más que hacerse negros en invierno y blancos en verano.

—  
Y sin embargo, yo en el verano quisiera ser negro, por reirme del sol.

Me aestaria inútilmente sus rayos encendidos.

Yo podria decirle: no das en el blanco.

—  
De seguro yo no tendria tanto calor, si no hubiera adquirido la invencible costumbre de ir siempre conmigo.

Es ciertamente bochornoso que en los países más libres el hombre vaya siempre encadenado á sí mismo.

Irrita la idea de que *yo* no pueda nunca separarme de *mi*.

¡Ah! yo soy mi cadena perpétua.

—  
Un hombre desairado por una mujer, dice:

—Me ha dejado frio.

Cualquiera puede añadir:

«Otra te hará sudar.»

—  
¡No llueve en el verano!

Hé aqui la manía de los que no miran las cosas más que por la superficie.

Elévese la cuestion, y se verá que llueve.

Lo que ocurre es, que el agua se seca antes de que llegue á la superficie de la tierra.

—  
Siempre que en los dias de mucho calor me mira una mujer hermosa, se me ocurre la misma idea.

Yo digo: ¡Señora, si pudiera usted guardarme esa mirada para Diciembre!

—  
El verano, rigurosamente considerado, no es más que una operacion comercial.

Es el calor que pone al género humano en liquidacion.

El verano y las pasiones nos empujan á un mismo sitio.

El primero nos lleva á la orilla del mar: las segundas nos arrastran al borde del abismo.

¡Cuántos se han empobrecido solo por hacerse la ilusion de que eran ricos!

Yo comprendo perfectamente esa barbaridad, y me la explico de este modo:

Madrid, Julio, etc.—Hace un calor insoportable. Si tuviera chimenea la encenderia, solo para hacerme la ilusion de que estaba en invierno.

El hombre procede siempre de la misma manera.

Huye del calor porque ahoga, y corre en busca del agua que ahoga tambien.

¡Cuántas veces me han hecho feliz los aires de Rossini!

¡Cuántas veces me ha conmovido el aire de una mujer graciosa!

Hoy, lo confieso con ingenuidad, prefiero el aire de un abanico.

Hé aquí un desatino de primer orden.

La razon, que es tan fria, es la que tiene tan acalorado al mundo.

Esto es: la nieve hace hervir el agua.

Continuacion del pensamiento anterior.

¡Cuánta frialdad necesita un hombre para incendiar un pueblo!

La reflexion es inútil en el verano, porque el calor es una cosa que no se puede considerar friamente.

Voy á colocar sobre mi corazon un rótulo que diga:

ASEGURADO DE INCENDIOS.

El motivo que tengo es el siguiente:

He visto dos ojos que ocultan la negra intencion de pegarme fuego.

En medio de la Puerta del Sol, en Julio y á las

doce del día, es cuando se conoce lo que abriga la capa del cielo.

El verano tiene algo de barbero.  
¡Es tan aficionado á calentar el agua!

La medicina puede dar un gran paso en el terreno de los constipados.

Véase si esta idea no es verdaderamente luminosa.

El dinero es lo que más hace sudar á los hombres.

Parecerá caro este medicamento; pero léase lo que sigue.

El dinero que más hace sudar, es precisamente el dinero que no se tiene.

Y no sé por qué las Córtes se cierran en el verano.

¿Hay alguna época en que los gobiernos puedan ser defendidos con más calor?

¿Querrán Vds. creer que el calor me tiene con el agua al cuello?

Bajo una temperatura de 34 grados se comprende muy bien el talento de los hombres que saben vivir entre dos aguas.

Un hombre oscuro debe pasarlo muy bien en el verano.

Viene á ser un pedazo de tierra sin sol.  
Más claro, una sombra.

Entre un hombre ardientemente enamorado y una mujer vanidosa, siempre sucede lo mismo.

Él se abrasa y ella se baña en agua rosada.

No es eso lo peor, sino lo que sigue:  
Todos le decimos á él: está V. fresco.

Si yo atravieso alguna vez los desiertos de Africa, escribiré en mi libro de memorias este recuerdo:

«El sol cae á plomo sobre mi cabeza, mis piés se hunden en una arena que hierve, el aire encendido me rodea como una llama.»

«Inés, ¡quién pudiera encontrarse ahora dentro de tu corazón! ¡Es tan frío!»

El invierno debe ser el verano de la otra vida.

—  
¡Qué ingrato es el hombre!

La capa es durante el invierno la mitad de su vida, pero llega el verano y se la deja colgada.

—  
La mia está suspensa. No tiene un año todavía.  
¿Qué haré yo para que no se pique?

—  
En este tiempo para que la verdad no muera sofocada, es preciso dejarla salir desnuda.

---

## LOS NIÑOS.

—  
¡Qué hermoso es siempre un niño!

Yo los veo todas las noches jugar en el Prado formando distintos y variados grupos, y me parecen ramilletes de rosas cortadas.

—  
Dos cosas serian capaces de entretenerme toda mi vida; ver correr el agua y ver jugar á un niño.

—  
Un niño tiene siempre todo el encanto de una esperanza.

—  
La música y los niños me producen el mismo efecto; si estoy triste aumentan mi tristeza; si estoy alegre doblan mi alegría.

—  
Si hubiera un sér á quien no le gustaran los